

2007

**“Cartografías barriales. Una aproximación a la singularidad
de las instituciones contemporáneas”,**

Por Silvia Duschatzky,

Propuesta Educativa Número 27 – Año 14 – Jun. 2007 – Vol 1 – Págs. 18 a 28

Cartografías barriales¹

Una aproximación a la singularidad de las instituciones contemporáneas

SILVIA DUSCHATZKY*

Solemos creer que pensar la escuela es abordar su “interior”, sus prácticas, rituales, tensiones, efectos. Sin embargo, mucho se ilumina acerca de sus modos si intentamos una cartografía que la ponga en relación con su contexto. Este artículo pretende transitar sus fronteras, adentrarse en la singularidad de sus relaciones y en la densidad de su entorno para pensar la pregunta por la educación, sus posibles y sus virtuales formas en tiempos de profunda alteración de aquellos cimientos que sostuvieron un imaginario de vida en común.

1. Indefensiones compartidas

Para llegar al Bajo Flores no es necesario cruzar los márgenes de la ciudad. Caballito, barrio que en los últimos años asistió a un crecimiento sostenido del consumo comercial, se encuentra a pocos minutos del Bajo Flores. Espacialmente no podríamos pensar que se trata de un barrio periférico; pero si lo periférico nombra una zona cuya estética se distancia enormemente de los epicentros del consumo, podemos afirmar que la periferia y el centro se rozan topológicamente al tiempo que revelan la “frontera” que divide a enganchados de desenganchados.

La imagen de un territorio sitiado se perfila cada vez con mayor nitidez y los de adentro se aferran al lugar. *“De acá los pibes no quieren moverse, si los invitás a diez cuadras más allá de las fronteras del barrio, se niegan”*, y los de afuera depositan allí al “infierno tan temido”, infierno que en su dimensión real roza algo de la existencia cotidiana de los habitantes del barrio pero —en tanto despojado de un plus fantasmático— se convierte en una prueba para la propia sobrevivencia.

El barrio es la expresión descarnada de la indefensión a la que se ven sometidos sus habitantes empujados por la lógica expulsiva del capitalismo actual y por el arrastre de coyunturas locales que en las últimas décadas quebraron profundamente el tejido social. No se trata sólo de un problema reducido a la pobreza sino de un estado de intemperie respecto de resortes básicos de existencia social. La cualidad principal de estos enclaves no está dada por la construcción de un hilo identitario en términos culturales o sociales sino por encontrarse arrojados a sus propias fuerzas de sobrevivencia. Este estado de indefensión “compartida” crea un suelo proclive a la proliferación de sensaciones de amenaza recíprocas como así también a la producción de redes de cooperación y tramas de cuidados.

Habría un rasgo que parece distinguir la densidad actual de estos barrios respecto de lo que los marcó en épocas pasadas. Los históricos barrios populares revestían un tono familiar para sus ocupantes. Las costumbres amasadas en un tiempo relativamente estable, los ritos cotidianos, las experiencias de un trabajo fabril, la práctica sindical, las redes de colaboración entre vecinos, la apropiación de espacios comunes enhebraba un *nosotros* consistente. En el “gusto por lo concreto”, expresado en la comida, la ornamentación hogareña, los vínculos familiares, las relaciones de vecindad, los ritos populares o el lenguaje, Hoggart (1958) encontraba ese sustrato comunitario de afirmación cultural que se resistía a la devaluación imaginaria fundada en visiones etnocentristas de pretensión universalista.



Licenciada en Educación, Universidad de Buenos Aires, y Magíster en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural, Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad de San Martín. Investigadora del Área de Educación de FLACSO y Coordinadora del posgrado en Gestión Educativa (FLACSO). silviadu@flacso.org.ar

Lo que vemos actualmente en estos barrios “periféricos” es la revelación, en palabras de Virno (2004), de la potencialidad de lo humano. En *Cuando el verbo se hace carne*, este autor señala que la potencialidad del animal humano posee su correlato objetivo en la ausencia de un ambiente circunscrito y bien delimitado en el cual introducirse con pericia innata, de una vez y para siempre. Esta afirmación que suena a premisa histórica adquiere toda su vigencia en tiempos marcados por la desorientación, la incertidumbre, las contingencias plenas.

Lo que deseamos destacar es que mientras en condiciones de relativa estabilidad los aprendizajes sólidamente arraigados conferían cierta capacidad anticipatoria y ofrecían algunas dosis de seguridad para moverse en el mundo; hoy parece ocupar el centro de la escena vital la relación entre potencialidad e inespecificidad del ambiente. Entonces, lo que hace del barrio una materialidad “vinculante” no es la familiaridad que nos ofrece la sensación de “sentirse en casa” sino una combinación entre proximidad ineludible y estado de indefensión compartida.

En las próximas páginas intentaremos cartografiar la vida del barrio. El barrio se erige como un espacio que pone juntas distintas fuerzas imposibles de evitarse en sus trazados cotidianos. Esta cualidad confiere al lugar de una propiedad que desborda los meros límites geográficos. Ahora bien, el territorio, delimitado en principio por una proximidad física ineludible para sus moradores, da lugar a distintos modos de existencia, quebrando ese imaginario comunitario que alguna vez dio vida a los barrios populares y armando una suerte de caleidoscopio de planos de compleja combinación. Territorio es, entonces, una categoría que nos permite nombrar confines físicos que alojan formas singulares de existencia.

* Precariedades en movimiento

Un rasgo singular del barrio periférico es la relación entre intemperie y densidad comunitaria. El año 2001 marcó un punto de inflexión. La intemperie era pura realidad; los vecinos se encontraban “atrapados” en la más absoluta indefensión, indefensión que desborda el plano material

de sobrevivencia y alcanza a horadar las relaciones en sus diversos planos. Los siguientes relatos extraídos de las innumerables conversaciones mantenidas en el barrio, retratan ese suelo:

“Cada una relataba la suerte de sus hijos comparándolos entre ellos; si eran chorros o drogadictos que nunca le robaron nada a nadie. Algunos estaban hasta las manos, girando de instituto en instituto. Una de las madres se mostraba desesperada frente a su hijo consumido por las sustancias, cuando una vecina le aconsejó que lo internase en un lugar bien cerrado y fuera de la ciudad porque sino terminan escapándose.”

“Yo creo que si mi hermano hubiera tenido a alguien que le haga la psicológica hubiese salido adelante. Estaba muy angustiado, se sentía muy mal y se murió”, nos cuenta Coki luego de haber relatado la historia de su hermano que muere alcanzado por dos balazos.

Tal vez, la desolación sea la imagen que apresuradamente se impone. Estamos ante el rostro más visible del estallido de grandes diques socializantes. Sin embargo, empujando los propios límites emergen las capacidades de los cuerpos frente a la desolación. ¿Dónde ponemos el ojo? ¿En los pibes que caminan sobre los bancos o en los aprendices de intemperie, para lo cual se requiere cuerpos adiestrados en escabullirse a la velocidad de un rayo? ¿En las madres que delegan la autoridad protectora o en ese hilo delgado que sostiene en pie a esas mujeres dolientes y aguerridas frente al declinar de sus hijos? ¿En delincuentes que mueren en su “salsa” o vidas atrapadas en laberintos mortíferos?

La pregunta se nos impone: ¿cómo hacer posible la vida cada vez? Los relatos no nos hablan centralmente de la pérdida del trabajo o de la carencia material sino de la sensación de encontrarse solos y cara a cara con la fragilización de los cuerpos, las relaciones y los resortes instituidos de protección social.

El período que transcurre entre los años 2001 y 2006 pone de relieve los efectos de la destitución del *soberano*. Es el tiempo de los planes sociales, de las ONG, y de la curiosidad antropológica de los investigadores frente al estallido social. Por momentos, esa batería de recursos ofrecidos es tomada como nexos de oportunidad (al servicio de la sobrevivencia, de los juegos de poder interno y de la gestión de tramas colectivas); por otros, parece imponerse una mirada sospechosa.

La constitución de tramas grupales de protección no se funda en filiaciones ideológicas; el sentido de la oportunidad que en algún momento genera el vínculo en torno de un proyecto grupal es el mismo que luego retorna a las fidelidades originarias que se expresan en los cotidianos lazos espontáneos o en las bandas callejeras. Así la vida en la intemperie, exenta de toda experiencia institucional fundada en reglas morales de funcionamiento, debe enfrentar tanto momentos disgregantes como la necesidad incesante de mostrar el valor de una apuesta colectiva organizada. La pregunta que insiste es qué hace que un proyecto colectivo se sostenga, más allá de las dinámicas de agregación espontáneas y más acá de las instituciones estatales y sus gramáticas de funcionamiento.

Los emprendimientos barriales suelen interpelar a los jóvenes que, sin embargo, no desactivan el alerta sospechoso frente a toda figura extraña. *“Para qué nos hacen hacer este mapa del barrio”, dice uno de los pibes en el marco de una actividad en que el coordinador (de una ONG) les solicita describir el contexto del Bajo Flores. “¿A dónde van a llevar lo que hagamos? ¿A seguridad? Tengo miedo que este mapa vaya a parar a algún lado.”*

El miedo en estos enclaves emerge con fuerza frente a la posibilidad de quedar más expuestos ante las fuerzas policiales o judiciales que ante las situaciones de riesgo inherentes a la vida barrial. Si el primero no es su territorio, el segundo —más allá de sus riesgos— sí lo es.

* Los de adentro y los de afuera

De modo invisible para el extranjero, durante estos años fue creciendo una trama subterránea de códigos protectores y tejiéndose diagramas de poder que van ganando fuerza frente a los recursos del “afuera”. Citemos un ejemplo. En el año '99, un grupo de jóvenes con experiencia en la militancia social se acerca al barrio con la intención de generar un espacio recreativo. La iniciativa es bien recibida y comienza a funcionar los sábados en el predio de la escuela. Dani, una joven de fuerte implicancia barrial y figura de contundente presencia entre los chicos, participa de la gestión de la experiencia y teje fuertes lazos afectivos con Marcelo y otros de los jóvenes responsables del nuevo centro recreativo juvenil. El emprendimiento se propaga y muta en otros cuerpos y al calor de esa experiencia surgen otras. Dani derrama sus nuevos aprendizajes en la gestión de una iniciativa de grupalidad juvenil orientada a tomar a los pibes más caídos del barrio. El desarrollo de estas experiencias atraviesa una serie de caídas, disputas, tensiones y momentos de gran intensidad pero lo que intentamos resaltar son sus mutaciones. Pasado un período de funcionamiento del centro juvenil barrial y de un crecimiento sostenido de la figura de Dani en el barrio, se les solicita a sus fundadores que ya es tiempo de “correrse” del lugar de dirigentes de la experiencia.

¿Qué vemos? Que el afuera es fundamentalmente un recurso de esa construcción. Recurso aprovechable sobre todo si se puede extraer de él ciertos saberes o competencias de gestión, pero siempre en un lugar periférico. Ahora bien, el gesto o el movimiento de prescindencia son inversamente proporcionales a la absoluta incondicionalidad respecto de las presencias internas. *"Dani jamás suelta la mano de los pibes"*, nos dice Marcelo. *"No importa lo que hagan, no importa sus humores, no importa sus bardos, ellos saben que si están en la lona aunque sean las tres de la mañana pueden llamarla a Dani y allí estará."*

En efecto, la densidad del barrio se expresa en esta trama subterránea de incondicionalidades (más que fidelidades). Ya probaron que pueden entre ellos, saben de la fugacidad del afuera en la misma medida que saben de la fuerza que les da apoyarse en sus propias fragilidades. Sin embargo, el barrio no es refractario a las huellas de una subjetividad desfondada; sin ley y con evanescentes y cambiantes reglas de juego sólo cabe la sensibilidad a los posibles contingentes y variables. Lo posible fueron los planes sociales, lo posible es el grupo que ofrece sus fuerzas para apostar a una experiencia de recreación juvenil, lo posible es el eventual investigador que en algún momento puede aportar un plus, lo posible es la escuela como lugar de realización de diversos emprendimientos locales. Lo "necesario" es la incondicionalidad y la presencia de los próximos; próximos en el espacio y próximos porque comparten condiciones de vida. Hay adentro, hay afuera. El adentro supone hacer pasar por ahí, por la territorialización de relaciones, de peligros, de disputas, de cuidados, de recursos materiales la propia existencia. "Los de afuera", como suele escucharse entre los vecinos, existen más allá de sus implicancias (oportunistas o genuinas) y acercamientos barriales. Sus tramas, sus filiaciones, sus nodos se diversifican. Los de adentro, en cambio, se constituyen allí. Marcelo nos decía: *"La diferencia entre Dani y nosotros es que Dani es efecto de haber armado lo que armó con los pibes. Para nosotros, esa experiencia fue una experiencia de gran intensidad que nos dejó huellas y que nos hizo pensar, pero sin eso vivimos."*

El barrio, para sus moradores, es el epicentro de la vida social. Allí se vive el peligro y allí se lo enfrenta sin apelar a terceros. Allí, en las calles, se experimenta el consumo de sustancias y allí se arman las redes de distribución; ahí también se traman los lazos fraternos y se disputan los territorios entre las bandas. Los dilemas éticos parecen dirimirse en función de pactos y lealtades construidas en la vida callejera y no respecto a una legalidad trascendente (no delatar al amigo —no importan sus actos— importa más que cualquier principio moral universal). Digamos que el común se pone en escena más allá de los imperativos universales y de instituciones socializadoras de valores supuestamente hegemónicos.

No obstante, la dimensión topológica, vivir allí, dibuja un escenario pero la condición de adentro se perfila más allá de toda espacialidad y da cuenta de un imaginario basado en la confianza. Las movimientos expulsivos y amenazantes proferidos por miembros de bandas ligados al narcotráfico hacia los grupos bolivianos que residen en el barrio revela que el adentro y el afuera suponen fronteras lábiles que desbordan la mera espacialidad y expresan, más bien, dinámicas territoriales enhebradas en torno de la confianza. La confianza entonces deviene operación subjetiva que interioriza.

Podríamos dibujar el siguiente enhebrado: incondicionalidad-confianza- reglas de juego. La incondicionalidad es el punto de partida y la fuente de la confianza. Se trata casi de un axioma. Los pibes confían en Dani porque es incondicional y allí radica también la confianza que ella deposita en ellos. Por eso mismo, el armado entre Dani y los pibes es una apuesta de confianza y una plataforma de ensayo de nuevas reglas de convivencia que en algún punto interrumpen los códigos callejeros.

Le preguntamos a Dani qué ven los pibes en ella. *"Yo he hablado con tranzas, con chorros, con rastros... Para mí son todos iguales. No voy a indignarme porque vengan a contarme 'uy me bardié' o 'me fumé un porro', o 'me mandé la cagada de ir a chorear'. No voy a decir, 'Uy loco, llamo a la yuta'. Ellos saben que pueden confiar."*

La confianza no es equivalente a la indiferencia respecto de los comportamientos del otro. Más bien, la confianza resume un acto de justicia: prohibirnos ver ahí, en el "choreo" o en el "bardo", una identidad sustraída de un devenir sujeto. Esta experiencia de agrupamiento bien puede ser pensada en clave de Badiou² como una *disciplina del devenir*, algo así como apostar a querer que las consecuencias de una premisa ("confiamos") sean lo más amplias posibles.

Marcelo, ex fundador de la primera movida recreativa en la escuela, nos comenta conmovido la siguiente charla que mantuvo con tres pibes que fueron parte de esa experiencia:

“Al principio ellos decían de sí mismos que eran muy vagos pero luego comenzaron a decir que los profesores además de ir a esa escuela van a otras y ‘cuando vienen a acá vienen cansados. Con nosotros mucho no quieren hacer, ellos quieren trabajar con otros pibes, no con nosotros, con pibes menos problemáticos’. Entonces les pregunto qué hace que un profesor sea copado y me responden: ‘Que te expliquen mil veces porque cuando entendés te da emoción... y esto hace Dani, está disponible todo el tiempo.’”

Hay aquí, y de nuevo volviendo a Badiou, un desplazamiento del cuerpo-víctima (“somos vagos”, “somos problemáticos”) a un cuerpo “hablante”. La confianza deviene de esta capacidad de hablar que siempre se funda en la relación con el otro. Puedo hablar porque el otro me “sabe” hablante. Ahora bien, el habla acá no debe confundirse con el simple acto ilocutorio. Se trata de un habla que iguala desigualdades sociales contingentes.

Digamos, entonces, que la confianza es un acto de justicia y lo es porque fuera de toda declamación igualitaria o esperanzada en la recuperación de los “caídos” extrae consecuencias de ese principio.

Lo que se visualiza en esos territorios sociales, en apariencia encapsulados, es una dinámica de relaciones que no se afirma con arreglo a frentes de lucha delimitados claramente —en el terreno de las reivindicaciones de clase— sino en forma de problemáticas moleculares que rozan distintos planos de existencia (relaciones afectivas, tensiones familiares, vínculos de vecindad, paternidades y maternidades adolescentes, experiencias de consumo, etcétera). Pero todos y cada uno de ellos ponen de relieve la pregunta por cómo “preservar” la vida de lo que la horada, la desactiva, la aplasta, la pone en peligro de extinción. El movimiento de preservación se torna aquí acto de producción.

Estos nichos de existencia adquieren una condición de visibilidad asombrosa en relación con el papel que los procesos inmateriales de producción subjetiva parecen tener en la actualidad. El lenguaje —cargado de modismos locales-, la empatía, la incondicionalidad, las capacidades de lectura de las oscilaciones del entorno, la presencia, la velocidad para sacar ventaja, el “aguantar”, las competencias cooperativas y de apropiación de los recursos disponibles devienen fuerzas productivas. Estas disposiciones puestas en acto emergen en contextos de precariedad y generan modos de intercambio. Así, la precariedad pensada como la condición de fragilidad que envuelve a la vida misma se torna condición activa para desplegar esas fuerzas creativas capaces de resistir y atravesar las adversidades cotidianas.

El dato a destacar es que los emergentes barriales como Dani no se erigen como representantes de clase ni como la expresión de una ideología orgánica. ¿Qué hace que estas figuras se vuelvan elementos de cohesión? Un sentir compartido respecto del estado de indefensión constituye la materia prima de cualquier trama y emprendimiento.

La producción social se apoya centralmente en una sensibilidad particular para tomar las señales que flotan en el ambiente y echar a andar en torno de ellas formas de agregación. Formas que pueden expresar tonos creativos y de progresiva apertura pero también tornarse fuertemente agresivos. Es el ejemplo de ciertos grupos barriales que, mientras se erigen en bandas compactas de pertenencia que ofician de nichos “protectores” para sus miembros, se dedican a infundir el miedo entre los vecinos provocando situaciones violatorias.

Este sentir compartido también opera como componente de abroquelamiento frente a toda fuerza que, aunque empática con una problemática social local, no vive en el medio de una constelación singular de existencia. Las redes con los recursos externos pueden quebrarse de un momento a otro frente a ciertos estados de conflicto barrial, y estos recursos no se ponen al servicio incondicional de las estrategias decididas por los sujetos con los cuales mantenían alguna relación. Mientras opera la prescindencia con las fuerzas externas, las redes internas pueden sufrir fisuras, enfrentamientos, quiebres, si bien son susceptibles de rápidas recomposiciones.

2. Derivas barriales

Estar a la deriva es estar a merced de las fuerzas circunstanciales. Pero estar *en* la deriva o estar derivando constituye una especie de desvío, de deslizamiento. Cuando la deriva se transforma en verbo, la desorientación deviene exploración, búsqueda. Pensamos los modos de existencia barrial como derivas dado que no es posible cristalizar ningún estado. Nos ocuparemos de analizar *dos modalidades de deriva*: a una la llamaremos *callejera* y a la otra *gestión de cuidados*.

La nominación *callejera* alude a un conjunto de cualidades aprendidas más allá de todo vestigio institucional. Se trata de una forma de vida social hecha a la intemperie, cuyos rasgos: argucias, lenguajes, estrategias, pactos, valoraciones son el resultado de las pruebas de sobrevivencia cotidiana.

La fuente de aprendizaje es la vida urbana misma; no se trata de valores aprendidos en las instituciones a los efectos de transferirlos luego a la vida social sino de valores construidos al calor de las experiencias vividas. El pacto *no matarás* se sustituye por otro imperativo de carácter inmanente: *no violarás la confianza*.

La *modalidad callejera* no desaparece para dar lugar a una *modalidad de agenciamiento de los cuidados*. Más bien esta última emerge de la condición de calle, de tornar activa la sensación de profunda fragilidad que produce un estar a la deriva. La diferencia sustantiva es que mientras una surge en la intemperie para quedarse allí, la otra pareciera emerger para fundar una suerte de "guarida" que interrumpa un estado agudo de indefensión. Sin embargo, esta derivación de un plano a otro arrastra formas de funcionamiento callejero.

No se trata entonces de superar un momento para pasar a otro, sino tomar lo potente de cada experiencia para generar nuevos pliegues, nuevos formatos, nuevas prácticas. El espíritu grupal es la materia callejera que muta en nuevas experiencias de grupalidad como la de Dani y los pibes. En definitiva, se trata de una *deriva* que intenta ir más allá cuando pone a prueba nuevas capacidades. La diferencia entre una y otra modalidad radica en que mientras una es la expresión difusa e informal de un estado de *vagabundeo*, la otra emerge decidida a interferir en esa suerte de "determinación" del peligro mediante procesos de organización, negociación y reglas de funcionamiento. Pero habría otra diferencia. La *modalidad de agenciamiento de los cuidados* es buscada (con todas sus oscilaciones) cuando el estar callejero comienza a mostrar también su lado oscuro y horadante.

* Callejeando³...

"Mi hermano estaba en una mano muy dura. Más de una vez se encontraba en el medio de tiroteos infernales. Estaba ligado a un grupo de peruanos vinculado en otros tiempos a Sendero Luminoso. En una ocasión rompe un código del grupo y su líder comienza a buscarlo para hacer lo que se hace en estos casos. Muerto de miedo me enfrento al tipo y me dice: 'Vos diste la cara por tu hermano pero ahora él tiene que darla. Decile que quiero verlo.' Prometeme que no le vas a hacer nada, le digo... Después toma a mi hermano y se lo lleva a un lugar apartado: 'Tu familia es muy valiosa', le dice, 'Se preocupan por vos, tenés que dejar esta vida, nosotros no podemos pero vos sí. Hay quienes quedamos de este lado y quienes pueden zafar'."

Hay momentos que crece la sensación de estar expuestos no exactamente a los avatares de la vida, a los instantes azarosos que pueden enfrentarnos a lo más insospechado sino a una suerte de determinación del peligro. El barrio es tierra de nadie y tierra de todo. Sin ley operando simbólicamente entre los cuerpos, sólo cabe lidiar con las consecuencias indecibles de la cercanía física. Cuando escapar es una quimera, dar la cara se torna una respuesta posible. No se trata de subjetividades épicas o heroicas, sino de estrategias y sagacidades aprendidas desde la misma condición de intemperie.

La vida callejera es la escenificación de una sociedad devenida pura potencialidad, es un mundo hecho de desvanecimientos e incertidumbres plenas, es decir de posibilidades puras. La violencia descarnada es uno de los efectos posibles y los acoplamientos inestables, oportunistas, irregulares, otro.

La calle no distingue a sus ocupantes quienes comparten el despojo, la ausencia de propiedad, la suspensión de derechos y obligaciones. Esta condición "igualadora" es interrumpida por las

disputas que se gestan alrededor del territorio. Aquel que ha sido conducido a la condición de nada o nadie puede llegar a ser algo o alguien cuando gana poder sobre los otros.

Cuando la protección no viene dada y garantizada por el monopolio estatal mediante sus formas institucionales, el agrupamiento mínimo adquiere una importancia crucial como fuente de reparo y afirmación de la existencia. Paco cuenta que en su *época de reviente* su lugar era la esquina. La esquina funciona a la manera de un umbral proporcionando amparo en medio de un suelo movedizo al tiempo que es condición de alta visibilidad de la vida de los jóvenes. La esquina, implica operación de espacialización, creación de territorio habitable que ofrece un "límite" a una existencia indiferenciada⁴.

La modalidad callejera no es literalmente vida en la calle sino vida a la deriva, vida expuesta a *cualquier cosa*, virtualidad disponible para una pluralidad de formas que en la misma medida que pueden ampliar las potencias de creación social también pueden restringirlas.

* Andar con cuidado / andar cuidando-nos

La protección de los más diversos peligros a los que nos vemos expuestos puede buscarse mediante la inmunización individual o a través de redes de sostén grupal. En un caso, el énfasis está puesto en *cuidarnos de*, mientras en el otro la apuesta es *cuidarnos*.

Ahora bien, como la inmunización individual no puede desplegarse con facilidad mediante la evitación del contacto, justamente por esta cualidad de partida que hace del barrio un territorio de proximidades ineludibles, las opciones van desde dar la cara hasta ingresar en enfrentamientos violentos, pasando por un estar alerta (que equivale en general a un estar armado) ante cada movimiento sospechoso. La gestión del riesgo, desde la prevención, recae en cada sujeto con los efectos adversos que comporta percibir toda extrañeza como fuente de amenaza a la propia integridad. Mientras las lógicas de la prevención son eminentemente negativas, en tanto se sostienen en el abroquelamiento, las prácticas de gestión de los cuidados son afirmativas; gestionar grupalidad implica poner a prueba capacidades de relación más allá del puro enfrentamiento. Estamos frente a esa *dynamis* de la que nos habla Paolo Virno (2006), ese rasgo de la multitud que consiste en una exploración de las posibilidades habida cuenta de que no disponemos de un conjunto de saberes que puedan orientarnos en el mar de las contingencias. Pero tal como nos alerta Virno, esta *dynamis* siendo sólo potencia puede tomar una u otra forma: inmunización hacia toda alteridad o disponibilidad de invención colaborativa para crear nuevos suelos de existencia⁵.

La experiencia callejera de agregación vía bandas, vía grupalidades de esquina, vía cuerpos que buscan refugio en otros cuerpos (la fiesta, el aguante) paradójicamente muestra su límite. Esas fuentes de protección también operan exponiendo los cuerpos a situaciones extremas de disolución. Lo que protegía deja de hacerlo o por lo menos expresa su ambivalencia. Es aquí donde el impulso vital se activa en la búsqueda de nuevas experiencias de vinculación.

Si bien es cierto que en la experiencia de grupalidad callejera circulan formas de cuidados, pareciera que en los pibes insiste la necesidad de encontrar una figura de protección "materna", como si acaso la protección fraterna por sí misma no fuera suficiente fuente de cuidado.

* La figura protectora

"Al principio vos tenés que insistir con que hagan esto o aquello... Están esperando que vos les digas qué hacer... y ahora son ellos los que quieren decidir."

*"Yo no puedo sacarme esto de que parezco la madre... que todos vienen y siempre todo cae en mí... y supené que viene un pibe y no le dan bola pero si yo estoy, la cosa cambia. No me gusta que esto pase todo el tiempo pero es así
El otro día hubo un quilombo con la huerta y yo les reclamé que no hayan hablado y me dijeron: bueno... nosotros estamos acá por vos, queremos estar con vos."*

"A veces me cansa... Cómo puede ser que no haya día que pueda faltar... A veces me cansan estos pelotudos."

¿Qué clase de madre es Dani? O mejor, ¿cómo pensar esa protección que sobreviene como

efecto de la experiencia del riesgo y la desolación y no como recurso preventivo? La protección que ejerce Dani no suspende esas existencias de un universo indeterminado, no es protección ejercida a la manera de una separación de las fuerzas ambivalentes del mundo sino una protección que lejos de preservar al protegido de eventuales amenazas lo acompaña en ese devenir incierto. El espíritu protector que emana de las figuras que operan cohesionando niños y jóvenes a la deriva surge como el antídoto de la soledad.

Repasemos el siguiente relato a los efectos de ir precisando los rasgos que caracterizan a figuras protectoras:

“Los pibes están llenos de energía para hacer un montón de cosas, pero les cuesta mucho organizarse. El lunes yo no pude venir y sorpresivamente ellos vinieron igual. Pero terminaron cargando un escenario inmenso a pedido de la directora. Es evidente que muchas veces los usan en este tipo de pedidos y sobre todo cuando yo no estoy para mediar. El problema es que muchos sectores de la escuela “no los ven”. No los llaman para proponerles trabajar en proyectos compartidos, sólo para el trabajo pesado pero luego los ignoran. Y cuando pasa eso yo tengo que funcionar como tope.”

La presencia de Dani funciona otorgando visibilidad al poder que late en los pibes. “No los ven”, enfatiza, que es igual a decir no confían en sus múltiples capacidades. Ella da vida a este agrupamiento, pero no como resultado de un imperativo moral de socialización sino como efecto de una sensibilidad que conecta con un conjunto de potencias. Digamos que se trata de un nuevo régimen de visibilidad que percibe capacidades constitutivas donde los ojos instituidos ven sólo víctimas u objetos de manipulación.

Las figuras maternas de las que nos ocupamos amparan como lo hacen las madres tradicionales pero lo hacen sin postergar el contacto con las ambivalencias vitales y sin encubrir sus propias fragilidades; más que mediar entre ellos y el mundo, apelando a su sola presencia o a la saturación de sentido de cada manifestación vital, operan como “planos inclinados”⁶ haciendo que las potencias advengan existencias.

Podemos pensar a este maternaje como un acompañamiento. Marcelo Percia (2005) dice que acompañar es hacer experiencia del no control que no es igual que el descontrol. “Un mundo que no se controla se decide. Cada decisión es un sujeto que tiembla firme sin garantías.”

Nuestros registros de investigación anotan: “Coki está laborando en Musimundo. Consiguió el trabajo gracias a Dani pero lo más curioso es que haber pasado por esta experiencia fue una carta de presentación. Dani fue al local, contó en que andaba el pibe y que ella podía salir de garante.”

Nos interesa resaltar que no estamos en presencia de personajes redentores sino de movimientos que si bien son impulsados por recursos organizadores “pertenecen al mundo que los ha hecho existir”, en palabras de Jullien (*op. cit.*). Dani lee proclividades y acompaña procesos. Diríamos además que su presencia asume el lugar del testigo. Frente a los otros ella da testimonio de una experiencia, de una variación subjetiva. Es curioso advertir que sin institución no sólo es factible la guerra de todos contra todos, también los lazos de confianza. Coki no fue a la escuela, sólo puede dar cuenta de su paso por esta experiencia grupal monitoreada por Dani. Llamativamente, la empresa que lo contrata para trabajar, lejos de desestimar este antecedente, lo considera. Y no mediante un certificado legal que acredite una formación sino apelando a la figura del testigo. En la intemperie de las vidas, el testigo se torna garante. Podemos, entonces, pensar estas figuras protectoras como acompañantes, impulsoras de una disciplina inmanente y testimonios de una experiencia de aprendizaje colectivo.

* Reglas de juego

“Al principio ellos heredaron la revista del grupo anterior y no le daban mucha bola pero a partir del momento en que la llevaron a la Radio y leían algunos fragmentos ahí, contaban los chistes, recitaban los poemas empezaron a coparse más. Hoy a David, el coordinador del taller de periodismo, lo bombardeaban con ideas, pasan de la desidia al interés en la medida en que se van adueñando de las cosas. Ellos heredan la panadería sin haberla parido, la revista sin haber participado de su idea original. Uy periodismo decían, qué embole. Pero hoy tenías que verlos... ‘Yo armo los chistes’ decía uno; ‘yo bajo poemas por Internet’; ‘ vamos a buscar los dibujos para ésta sección...’”

Habría dos ideas para destacar: por un lado, las variaciones que comportan estas experiencias para los jóvenes del barrio y, por otro, el carácter “institucional” circulando en este tipo de intercambios.

En el universo de la multiplicidad nos encontramos frente a diferentes formas de agruparse. En su texto *Políticas del acontecimiento*, Lazzarato⁷ se pregunta cómo se mantienen juntas las cosas. Pregunta crucial si tenemos en cuenta que la institucionalidad estatal no es garante de comunidad. Entre las innumerables especies de vínculo, habría uniones por concatenamiento interrumpido que sólo pueden ser capturadas por un conocimiento que no procede por intentos de síntesis y borramientos de diferencias, sino por la capacidad de mostrarnos una intensa red de relaciones que arman un universo-mosaico⁸. Este armado de los pibes y Dani parece graficar la constitución de pequeños mundos que, en verdad y volviendo a Virno, podemos pensar como los modos de devenir ambiente, configuración habitable de vínculos sociales.

Habíamos mencionado renglones más arriba el carácter institucional de estos emprendimientos; sin embargo, conviene precisar que no estamos hablando de instituciones estatales. Si retenemos de la historia social de las instituciones, su capacidad de regular o producir intercambio social, despojándolas ahora de sus mecanismos disciplinarios y funcionalidades reproductoras de un orden establecido, podemos advertir en el ejemplo citado una operatoria institucional. La elaboración de la revista constituye una práctica que enlaza. En este caso y a diferencia de las lógicas estatales de institucionalidad que recorrieron la sociedad disciplinaria, no se trata de un enlace en torno de imaginarios-simbólicos molares; sino de proyectos acotados a una trama concreta, de movimientos moleculares que producen enhebrados pasibles de interrumpirse y desviarse hacia otros modos de concatenación. Lo que cabe señalar es que cualquiera de estos emprendimientos son inseparables de una ingeniería reglada. No se trata de reglas previamente prescriptas ni sometidas a una duración y estabilidad mecánicas. Tampoco hablamos de acuerdos ni procedimientos consensuados. Las reglas son reglas de juego y por eso no pueden ser transgredidas. Si los realizadores de la revista no escriben sus artículos, no buscan información para tales o cuales secciones, dejan de realizar las entrevistas acordadas, no hay revista o mejor, no hay hacedores de revista⁹.

3. De las marcas de la escuela a las marcas en la escuela

El siguiente comentario revela un desplazamiento que podemos resumir en una frase: de la marca de la escuela a las marcas en la escuela.

“Ese chico tiene cuarenta y cinco faltas en lo que va del año y ayer me encaró diciendo que escuchó que lo quería echar. Le pregunté porqué había faltado tanto y me contó que le habían pegado dos tiros en un enfrenamiento con otra banda que quiso usurparle el territorio donde paraban. Me pidió que no lo eche porque estaba judicializado y el juez se lo exigía. Que si no fuera por eso ni en pedo vendría a la escuela.”

Nos interesa puntualizar aquí que la caída de las instituciones no supone su inexistencia y mucho menos su vaciamiento. La destitución es la destitución del tiempo lineal, de la autoridad y de un saber “iluminista”. Juan, el personaje del relato, va a la escuela; territorio imposible de filiar a una moral compartida, a una plataforma de ascenso social, a un espacio reglado de permanencia y pertenencia, a un proyecto nacional. ¿Qué formas asume una escuela destituida?¹⁰

Llama la atención —o tal vez ya no tanto— que la escuela, institución que expresara la universalidad de una maquinaria social, adquiera visibilidad en el uso “local”. La escuela se nos presentó como un combinado de planos, algunos accesibles, de inmediata visibilidad y otros, en cambio, nebulosos. Los pibes que participan del emprendimiento que lidera Dani ocupan el patio delantero de la escuela y, como mucho, el comedor que se encuentra apenas se ingresa a su interior. Pero el predio de uso frecuente es la entrada, lo primero que se transita una vez traspasado el umbral. Cederles la entrada o más bien recluirllos allí constituye un modo de marcar las fronteras entre alumnos y usuarios dispersos, devaluando las subjetividades de frontera. Sin embargo, esta operación de fragmentación produce efectos imprevistos y aún de sentidos inversos a las representaciones que ven déficit allí donde el preconcepto no se verifica.

Para nosotros, investigadores, la escuela comenzaba en el portón de entrada y “culminaba” en la segunda puerta que daría ingreso al mundo “escolar”. Las primeras señas que daban vida a la escuela se percibían en ese movimiento de chicos trabajando la huerta, jugando al fútbol o merodeando por ahí. Sospechamos, incluso, que el plano escolar no sólo resultaba nebuloso para una mirada extranjera a la institución sino también para sus propios habitantes. “La mayoría de los pibes-alumnos quieren escaparse de la escuela para ir a hacer lo que están haciendo los pibes”, nos confiesa Dani.

Podemos ver el modo en que un espacio “ajeno” es apropiado. Michel De Certeau (1996) llama táctica a esa acción que opera en un terreno que se le impone como mera exterioridad. La táctica no tiene más lugar que el lugar del otro. Sin lugar propio, sin visión globalizadora, la táctica aprovecha las flaquezas del poder. No es que la escuela se abre a la multiplicidad de formas sino que esas presencias merodeantes, insistentes de los pibes, van franqueando los límites rígidos que separan al habitante escolar del “vagabundo”.

Para cerrar dejamos abierto un problema: si en tiempos de intemperie habría institución allí donde se arma cuerpo social, allí donde los intercambios van ganando consistencia, allí donde cada uno logra mitigar la soledad, ¿qué queda de la escuela como institución y qué vemos de institución en experiencias de grupalidad juvenil gestadas más allá de los formatos estatales? No estamos decretando la muerte de la escuela cuyas chances de institucionalidad están abiertas plenamente. La cuestión no está planteada en términos dicotómicos; escuela sí o escuela no, sino en las coordenadas de un pensamiento que atento a las oscilaciones de las subjetividades contemporáneas intenta redefinir las fronteras de lo público.

Bibliografía

- DE CERTEAU, Michel, *La invención de lo cotidiano*, México, Universidad Iberoamericana, 1996.
- ESPÓSITO, Roberto, *Inmunitas*, Buenos Aires, Amorrortu, 2005.
- HOGGART, Richard, *The uses of literacy*, Londres, Penguin Books, 1958.
- JULLIEN, Francois, *Tratado de la eficacia*, Buenos Aires, Perfil, 1999.
- LAZZARATO, M. *Políticas del acontecimiento*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2006.
- PERCIA, Marcelo, *Deliberar las psicosis*, Buenos Aires, Lugar Editorial, 2005.
- VIRNO, Paolo, *Cuando el verbo se hace carne. Lenguaje y Naturaleza humana*. Buenos Aires, Coedición Cactus y Tinta Limón, 2004.
- VIRNO, Paolo, *Ambivalencia de la multitud*, Tinta Limón, Buenos Aires, 2006.

Notas

1 Este artículo es el producto de una reelaboración de uno de los capítulos que integra el texto *Maestros Errantes* (Paidós, 2007), escrito en el marco de la investigación “Violencia, escuela y subjetividad” subsidiada por la Secyt y desarrollada en FLACSO.

2 Véase Badiou, Alain, “La idea de Justicia”, conferencia dictada el 2 de junio de 2004 en la Facultad de Humanidades y Artes de la UNR (Universidad Nacional de Rosario), Provincia de Santa Fe, Argentina.

3 Este apartado se nutrió fuertemente de las elaboraciones que Patricia Diez (miembro del equipo de investigación) expone en su tesis de maestría: “Ni caretas ni quemados, recatados. Usos del cuerpo, adscripciones identitarias y morales de jóvenes varones de Bajo Flores, Ciudad de Buenos Aires”. IDES-IDAES, Buenos Aires, 2006.

4 Ver *En la esquina*. Documental filmado en el marco del Proyecto de investigación “Escuela, violencia y subjetividad” subsidiado por la Secyt., FLACSO, Buenos Aires 2006.

5 Roberto Espósito apela a una imagen biológica para pensar el problema de la protección sustrayendo el elemento negativo de la inmunización. En *Inmunitas* podemos leer: “El hecho de que sea justamente la

heterogeneidad y no la semejanza genética del embrión la que favorece su aceptación por parte del sistema inmunitario de la mujer significa que este último no puede ser reducido a una simple función de rechazo frente a lo extraño, sino que a lo sumo debe ser interpretado como su propia caja de resonancia interna. Como el diagrama a través del cual la diferencia nos involucra y nos atraviesa." Lo inmune entonces separado de su cualidad negativa, no es enemigo de lo común sino algo más complejo que lo implica y lo requiere. Ver Espósito (2005).

6 Francois Jullien piensa el plano inclinado como una propensión a efectuar lo que está en potencia. Jullien grafica la idea con la siguiente imagen: "*Si colocamos unas piedras sobre una mesa, estas permanecerán quietas pero en cambio si las apoyamos en un plano inclinado comenzarán a rodar. Está en las piedras la facultad de rodar pero requieren una condición para desplegarse.*" Véase Jullien (1999).

7 Lazzarato, Mauricio, *Políticas del acontecimiento*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2006.

8 Véase "Williams James y la filosofía de la experiencia", en Lazzarato (2006).

9 Virno sugiere el concepto *katechon*, palabra griega de origen teológico-política que significa lo que contiene, una fuerza que difiere una y otra vez la extrema destrucción, para pensar las tareas y rasgos que definen las instituciones posestatales. Ver Virno (2006).

10 En el marco de las publicaciones argentinas sobre el tema, puede consultarse entre otros Lewkowicz, Ignacio, *Pensar sin estado*, Buenos Aires, Paidós, 2005; Virno (2006) y Duschatzky, Silvia y Corea, Cristina, *Chicos en banda*, Paidós, Buenos Aires, 2004.

Resumen

Este artículo se "mete" en la vida de un barrio –de los llamados periféricos- de la ciudad de Buenos Aires. En algunas de sus líneas podemos leer: "el barrio es tierra de nadie y tierra de todo. Sin ley operando entre los cuerpos, sólo cabe lidiar con las contingencias de una vida expuesta a la intemperie". El texto intenta tensionar los límites de una mera descripción o interpretación sociológica dura para pensar formas de nominación de una vida a la deriva, disponible a producir una pluralidad de formas tan proclives a la creación de nuevos modos de relación social como a la violencia. El trayecto cartográfico del barrio nos lleva a interrogar el vínculo con la escuela y percibir las notas singulares de una relación que no puede pensarse por fuera de las oscilaciones de la experiencia cotidiana.

Palabras clave

Cartografías - Agenciamiento - Producción de subjetividad - Lenguaje

Abstract

This work explores the everyday life of a neighbourhood –one of the so called "periferic places"- located in Buenos Aires city. In some of its lines we can read "the neighbourhood is both a no-man's land and an everything-land. With no law operating among the bodies, the only chance left is to deal with the eventualities of an open air life". The text intends to stretch the limits of a mere description or a sociological hard interpretation in order to think ways of nominating a life that goes adrift, which is ready to produce a plurality of forms strongly tending both to the creation of new ways of social relationship and to violence. The cartographic itinerary of the neighbourhood leads us to interrogate its rapport with the school and to perceive the singular elements of a relationship that cannot be thought beyond the oscillations of everyday experience.

Key words

Cartographies - Agency - Subjectivity production - Language